



Autoridad en la Iglesia: ¿No tendría que ser al revés?

En un artículo anterior decíamos que muchas veces el laicado, frente a la jerarquía eclesial tenía actitudes no maduras. Actitudes que describíamos como las del "infante" o las del "adolescente eclesial". Lo que aquí me propongo es mostrar cómo, más de una vez, dichas actitudes se generan desde los mismos comportamientos de la jerarquía, o mejor, me propongo describir esos comportamientos generadores.

Aclaro desde el principio que no puedo continuar la reflexión "desde fuera", ajeno al problema. Más de una vez experimenté el autoritarismo y el paternalismo de la "autoridad eclesial". Experiencias que me mueven a escribir el presente artículo al modo de una denuncia de lo que considero anti-evangélico y por lo mismo anti-eclesial.

Paso pues a desentrañar algunos criterios pastorales, si es que merecen ese nombre ya que más bien deberíamos hablar de "criterios de dominio", que orientan en forma absoluta casi todas las actitudes de ciertos sectores de la jerarquía eclesial para su laicado.

El primero de estos criterios se podría describir más o menos así:

—Las pautas, las decisiones y todo lo que diga la jerarquía es inobjetable, se trata casi (algunos están tentados de sacar el "casi") de dogmas de fe, ellos (la autoridad) tienen el carisma de la verdad

y el carisma del discernimiento, además, una gracia especial de estado que los hace un poco menos que infalibles. En síntesis, lo que ellos hablan, lo habla Dios. Entre paréntesis, ¿no tendría que ser al revés? De esto se sigue que quien o quienes osan irrespetuosamente poner en duda la palabra divina o se atreven a objetarla deben ser vistos y acusados como faltos de fe, de pecar contra la obediencia, de dañar la unidad de la Iglesia, y por lo tanto de ser contestatarios y subversivos. Lo único que les queda es humillarse, pedir perdón y volver al redil

Describamos el segundo:

—Si por esas cosas de la vida algún posible error se diera en las decisiones y comportamientos de la jerarquía, hay que optar por la política (estrategia) del ocultamiento. Nunca decir nada, jamás divulgarlo, que no aparezca, que no se sepa... ¡no vaya a ser que los enemigos de la Iglesia se tomen de allí para atacarnos y desprestigiarnos! La imagen y el prestigio es muy importante, sino la gente dejaría de creernos...

Se reconoce, en declaraciones, homilías y documentos, que la Iglesia debe convertirse constantemente, pero que los pecados concretos no aparezcan; se reconoce que la Iglesia comete errores, pero pedir perdón jamás. Si por casualidad, algún sector no eclesial, exige la au-

tocrítica, el arrepentimiento y señala concretamente las "sombras" entonces hay que defenderse, cerrar las filas e insistir en que hay una campaña contra la institución de la Iglesia orquestada internacionalmente por los enemigos del "Occidente cristiano". Otro paréntesis: ¡qué parecido a los militares cuando también hablan de una campaña de "desprestigio" hacia las Fuerzas Armadas! ¿no?

Todo esto pone de manifiesto que ellos, los legados de Dios, creen realmente poseer el monopolio absoluto de la verdad de aquí que, sus opiniones sean sacralizadas... visto desde el Evangelio en serio, esta actitud dogmática, apologética, espiritualista y simplista, reduce la fe del laico a una actitud ciega, alienante y dependiente, la obediencia filial a obsecuencia infantil y la libertad a utopía.

Estas pautas con las que rigen absolutamente toda la realidad (en lugar de respetarla) nace, en mi pobre entender, de los siguientes miedos:

—miedo a perder el poder que brinda una estructura verticalista, monárquica, impenetrable, conservadora, autoritaria y, por si todo lo anterior fuera poco, también sacralizada. Este miedo es signo del afán de dominación, es querer ser sin dejar ser a los demás, es la idolatría del poder, no servir sino que me sirvan...

—junto al anterior, hay un temor más profundo: el que se tiene frente a sí mismo, el temor ante la propia identidad. Se teme perder el lugar que se ocupa y la seguridad que ese lugar me brinda dentro de la estructura. Cuando alguien tiene que defender tanto que es la autoridad, que su verdad le viene de Dios, que es el maestro, etc. es porque se está inseguro de aquello mismo que se quiere defender, es la necesidad de auto-afirmarse, no es el "perder la vida por Jesús, sino el cuidar la vida para uno..." Esta inseguridad supone también la inmadurez para una sana autocrítica, en defini-



Graziani
IMPRESOS SRI

RIOJA 2690 ALTO ALBERDI TE 80-5255
5003 CORDOBA



ORIGEN

FOTOCOMPOSICION
COMPOSICION EN FRIJO
DISEÑOS

PRODUCCION
GRAFICA
INTEGRAL

tiva, cuando se agrede con la autoridad es porque hay frustraciones muy hondas.

—el miedo obsesivo a lo que denominan “infiltración marxista, comunista y atea”. En esta categoría entran cosas como por ejemplo el hablar de la opción por los pobres, el hablar de la necesidad de la denuncia política y social, el hablar de la ideología de la seguridad nacional, el hablar de la Iglesia de los pobres, el hablar de los derechos humanos, etc... Este miedo es signo de la incapacidad para discernir la realidad y de la incapacidad para el diálogo, cuando no es signo de posturas ideológicas tomadas...

—Y como subyacente e impregnando todo lo anterior está el miedo a la vida que es miedo a la libertad. No quieren que la vida sea un proceso incesante de búsquedas libres. Ellos se encargan de señalarlo todo: si hay o no que buscar, dónde, cuándo, cómo y con quién hacerlo; lo que hay que buscar y lo que corresponde encontrar... Este miedo es signo de no asumirse como personas en lo más rico que tiene el ser persona: la libertad y la capacidad de vivir los riesgos en la búsqueda de la verdad. Todo está pautado, fijo e inamovible, aquí el Espíritu no sopla donde quiere y como quiere y ellos saben de dónde viene y a dónde va.

No está de más decir que estos modos de obrar que hemos descripto son más respetuosos de la ideología de la seguridad nacional y de las ideologías fascistas (aunque no sean teóricos de las mismas) que del Evangelio, del Vaticano II, de Medellín y Puebla. También hay que lamentar que junto a estos jefes onnipotentes se encuentran grupos de laicos en la actitud más infantil que se pueda concebir frente a la autoridad: a-crítica, complaciente y aduladora.

Para concluir retomo el tema de la denuncia... son muchos los atropellos, muchas las injusticias, muchas las esclavitudes como para soportarlas en silencio y soy consciente que no he podido ocultar cierta ironía e indignación, pero es que cuando los miedos se hacen soberbia y la soberbia injusticia no cabe otra actitud. He querido desentrañar mecanismos tal vez inconscientes, sólo deseo contribuir a la conciencia de los mismos, de lo contrario, Marx seguirá teniendo razón, la religión es el opio de los pueblos.

Pbro. Nicolás Alessio

Escribe Fray Antonio Puigjané

UNA PASCUA VERDADERA Y GOZOSA

**Queridos hermanos de todo el país
!Paz y Bien!**

Casi casi me atrevo a decirles que, por primera vez, los cristianos argentinos hemos vivido una PASCUA verdadera.

Las “ceremonias” se hacen MALAS, cuando no pasa nada. Nos hacen creer que somos mejores sólo por realizarlas.

Hacía más de 50 años que los militares, cuando les parecía, ponían el país patas para arriba, y, tranquilamente, a nuestro lado, participaban de todas nuestras celebraciones litúrgicas, sin que nadie les dijera nada.

El Jueves Santo estuve en Córdoba, y el domingo de PASCUA en Plaza de Mayo, con la gente. Había mamás amamantando a sus hijos, había monjitas, curas, frailes, seminaristas y cristianos de comunidades de base, celebrando en esa hermosa Catedral del Pueblo que es Plaza de Mayo, la PASCUA, un paso real a la VIDA, firme y claro. Por eso los militares estaban excomulgados por el grito popular: “el que no salta es militar” y no estuvieron, esta vez, en la celebración.

Esta PASCUA VERDADERA Y GOZOSA, fue fruto del duro VIACRUCIS de nuestro pueblo, de la lucha de los desaparecidos y las Madres de Plaza de Mayo, de la humilde y sufrida lucha popular por la justicia, que nos va acercando a la RECONCILIACION verdadera.

Quizá por todo esto tampoco había obispos: ellos, los jefes militares, la burocracia sindical, los



políticos vendidos, penosamente, al unísono, nos exhortan a otra reconciliación que nace de la “tolerancia y el diálogo”, del perdón, del olvido, del punto final, o la amnistía, y no de la lucha del pueblo por la justicia... ¡ojo!

Ahora es deber de todos, y por especiales motivos de los que nos llamamos cristianos, profundizar este CAMBIO, esta Pascua, en cada casa, en cada barrio, en cada ciudad, en todo el país, ¡así cambia nuestro corazón! y viviremos MOVILIZADOS Y ORGANIZADOS (como los Israelitas para salir de Egipto), para cuidar nuestro CAMINO hacia la LIBERACION, la felicidad (el “Reino” le llama Jesús).

No nos durmamos, que ellos están despiertos y son peligrosos. ¡Manos a la obra!

Un abrazo feliz y pascual.

Fr. Antonio Puigjané